

Encomienda y embebienda

EL PERUANO MANDÓ RESERVAR EL LEGAJO para el día siguiente. Al salir, Fuentes, a quien no se le había escapado el interés con que el cholo leía los documentos ni su inhabitual sonrisa, y menos aún su sigilo a la hora de reservarlos, trató de enterarse de su contenido haciéndose el longuis:

-¿Cómo te ha ido hoy compadre? Parece que estaba muy interesante el último legajo que has pedido. ¿Se me hace que has descubierto algo raro? ¡ No me digas que has dado con alguna noticia del “Nuestra Señora de Begoña” porque me suicido de una sobredosis de fino ! Llevo más de seis meses siguiéndole la pista y no consigo ni la más mínima noticia del dichoso navío. Los gringos ya se me están impacientando y no sé qué inventar para que sigan apoquinando. Esos pendejos se creen que esto es una mina y que basta con escarbar cuatro legajos para que salgan a relucir oros y moros. Se creen que somos nosotros tan inútiles que si supiéramos donde paran esas gangas las íbamos a dejar ahí para ellos. Nos toman a todos por leperos. ¡ No te jode !

En realidad, Fuentes había conseguido enterarse por la carta de un negrero que el “*Nuestra Señora de Begoña*” al mando del maestro Lope de Aranzazugoitia había salido de Cartagena de Indias con la producción anual de oro de Buritica para juntarse en La Habana con el resto del convoi que iba a zarpar rumbo a la península. Era un dato encontrado de manera totalmente fortuita como muchas otras cosas interesantes en aquella caverna de Alí Babá que era el AGI.

Para Fuentes fue un verdadero juego de niños consultar el fondo *Arribadas* y comprobar que para las fechas indicadas en la carta ningún navío con el nombre y las características del mencionado había llegado a Sevilla. Los documentos relativos al regreso de la flota de aquel año le descubrieron que la

travesía pocas veces había sido tan rápida y placentera. Todo parecía indicar que el famoso bajel iba atiborrado de oro y plata hasta la bandera y que se había incorporado al convoi pero su rastro se perdió durante una travesía en la que no hubo ni el más mínimo atisbo de tempestad. Según los papeles recabados por Fuentes sobre los demás buques, el Atlántico fue una verdadera balsa de aceite, con vientos sostenidos y favorables hasta pasadas las Azores. En ningún momento se hacía mención de que el barco de marras desapareció como por encanto del horizonte de la armada.

–No hay vuelta de hoja, aquí hay un misterio, repetía incansablemente el obstinado Fuentes.

Y el pobre llevaba semanas intentando enterarse sobre el posible desvío del barco hacia las costas portuguesas o su apresamiento por corsarios extranjeros que siempre rondaban por las inmediaciones de Sanlúcar.

–Me temo que como no sea haciendo como tú, catas al azar y con mucha suerte, no voy a dar con ninguna huella antes de que los millonarios tejanos que han invertido en este proyecto se hartan de esperar, me corten el presupuesto y adiós chollo. Si te visto no me acuerdo- añadió arrastrando los pies hacia la puerta.

Zevallos que nunca entendió cómo en Gringolandia podían pagar a un tipo durante meses para buscar el rastro de un barco ido presuntamente a pique hacía cuatro siglos por muy cargado de oro que fuera, escuchaba al copista sin hacerle caso. Fuentes era buena gente, eso sí, y de vez en cuando le ayudaba a descifrar alguna que otra palabra en ciertos manuscritos particularmente difíciles, pero sus historias de galeones atiborrados de lingotes que se amontonaban en el triángulo de las Bermudas o en la Barra de Sanlúcar las había oído mil veces y le tenían aburrido. Por eso y porque no le quedaba ni un real no convidó al viejo amanuense a tomarse una caña como lo solía hacer al principio, cuando recién llegado a la capital del Betis se mostraba espléndido con la gente del archivo para informarse de todo.

Antes de dirigirse al mesón de la Puerta del Pan en donde todavía le hacían crédito, el Cholo cumplió con un requisito que estaba adquiriendo significado y forma de rito. Todos los días que el sol salía, a las quince horas, la del cierre del Archivo General de Indias, cruzaba la avenida de la Constitución que él no había conocido como los investigadores veteranos con el nombre del fundador de Falagne Española (Avenida José Antonio Primo de Rivera) y se personaba en la taquilla de Correos que recibía los giros telegráficos. A veces le tocaba hacer media hora de cola detrás de estudiantes estafados, turistas despojados de sus pertenencias por hampones o gitanos y beatniks francamente

sucios y falsamente pobres que recibían puntualmente cuantiosos giros de sendas familias suecas o californianas.

Invariablemente, el empleado que ya se había convencido de que aquel fulano que le había contado las razones de su estancia en Sevilla no era más que un sudaca mitómano, le contestaba antes de que tuviera tiempo de preguntar:

–Tampoco hay nada hoy caballero, vuelva Ud mañana.

A veces, para ahorrarle la cola, no bien lo veía entrar en el hall del edificio le hacía una seña negativa con la cabeza y Zevallos daba media vuelta sin más explicación. En aquellos momentos el investigador estaba a punto de perder la fé. Con el estómago atenazado por el hambre no sabía adonde encaminar los pasos. En el *Pez espada*, la fritangería de la calle Hernando Colón, había perdido el crédito y aunque la boca se le hacía agua sólo con pensar en los chopitos fritos y en la refrescante ensalada mixta que le encantaba, nunca más se atrevió a desafiar la mirada acusadora del dueño que parecía decirle que allí se había acabado comer de gorra y pagar con cuentos.

Todavía le quedaba el recurso del mesón “*El costalero*” en la Puerta del Pan. Haciendo de tripas corazón y caso omiso de la vergüenza que le corroía, encaminaba hacia allá sus pasos. Pasando detrás de la catedral cruzaba el Patio de las Banderas antes de internarse en la Judería para seguir luego por el Callejón de las Aguas a lo largo de la muralla del Alcázar antes de desembocar en los Jardines de Murillo desde donde no tenía más que cruzar la calle de Santa María la Blanca para encontrarse al comienzo de María Auxiliadora donde se ubicaba el mesón más cutre de Sevilla.

A falta de poder variar el sempiterno menú, Zevallos cambiaba a veces el itinerario y se dirigía hacia “*El Costalero*” trasponiendo por la calle Mateos Gago y torciendo, pasada la iglesia de Santa Cruz, a mano derecha para desembocar en la angosta calle Fabiola que lo llevaba en derechura hasta Santa María la Blanca. Este itinerario le obligaba a pegarse constantemente a las paredes para dejar pasar a los coches de caballos por ser la calle recorrido acostumbrado de los paseos turísticos.

Aquel rumbo le agradaba sobre todo los días después de corrida porque le permitía pasar delante del escaparate de Arjona, el fotógrafo oficial de la Maestranza, que siempre exponía en su vitrina los mejores momentos de las faenas taurinas. Zevallos solía dejarse absorber por la magia de la fiesta que se desprendía de las instantáneas, por la gracia de los toreros o la bravura de los morlacos y hasta se le podían olvidar momentáneamente las cornadas del hambre. Tampoco era ajeno a su placer el tufillo a boñiga equina que operando

al modo de la magdalena de Proust le remitía a remotos recuerdos infantiles en su querida sierra peruana.

Había aterrizado por primera vez en “*El Costalero*” una noche en que lo habían puesto de patitas en la calle por escandalizar después de una memorable borrachera en “*La Carbonería*”. Fue un mano a mano tremendo entre el holandés Dieter y el Cholo arbitrado por el multitudinario e intérlope mundillo del AGI que tras las largas mañanas de investigación o las aburridas tardes en la biblioteca de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos se solía solazar en las laberínticos recovecos de “*La Carbonería*”. Era ésta un antiguo almacén de carbón venido a menos y remodelado con fines a convertirlo transitoriamente en antro de intelectuales posmodernos donde se podía libar hasta la del alba y despotricar impunemente contra todo. Especializada en deshacer entuertos y rehacer el mundo con la misma facilidad y entusiasmo que se engullía finos, la movida sevillana que había encontrado en Pepote su cabeza de turco se diferenciaba de la madrileña en que nada tomaba en serio, todo era para ella motivo de chicota. Los investigadores del AGI solían también juntarse en aquel insólito antro a comentar los hallazgos del día y a sonsacar cualquier información a los ratones de archivo imprudentes o novatos.

La noche del duelo entre el Oso de los Polderes como habían bautizado al holandés, y el Cóndor de Huancavelica como se autodenominó para la circunstancia Zevallos, fue de antología. Aquella vez, que no era la primera ni sería la última, les dio por los finos porque admitieron de común acuerdo que era territorio neutral. En anteriores retos con cerveza el holandés había salido vencedor con amplia ventaja. Maestro de una extraordinaria técnica que le permitía, a partir de determinada cantidad de líquido, eliminarlo al mismo tiempo que lo ingería, el batavo era capaz de beber indefinidamente cerveza pues así como la tomaba la meaba. Sólo precisaba estar cerca del orinorio.

El Cholo por el contrario, aunque gran bebedor de chicha, se inflaba con la cerveza como una odre y terminaba rebosando espuma hasta por los ojos pero sin lograr alcanzar las marcas del holandés. En otras ocasiones intentaron el pisco, el conocido alcohol peruano que pegaba fuerte. A cada una de ellas, cuando Zevallos apuraba la última copa hacía ya rato que Dieter había rodado debajo de la mesa con los ojos entornados y una sonrisa alelada de gigante bobalicón y rubio.

Aquella noche el fino corrió a chorros en “*La Carbonería*” pues ambos contrincantes soportados por sendos bandos consiguieron arrastrar en su extravagante pugna a buena parte de la parroquia del sevillanísimo establecimiento. Sin embargo las cosas empezaron a ponerse mal cuando, bajo la influencia de los caldos, comentarios poco amenos y piropos obscenos brotaron de entre la

muchedumbre que a vistas claras se preparaba a vivir una memorable bacanal. El gerente, vislumbrando el desmadre que se avecinaba decidió, en vista de las altas horas de la noche, cerrar el establecimiento sordo a los reclamos de los parroquianos más asíduos.

De nada valieron las protestas aguardentosas del tudesco ni las grandilocuentes argumentaciones del sudaca. La verdad es que iban empatados y ambos querían hacerse con el cetro de Baco. En vano el dueño trató de convencerles de que en la primera manga habían quedado parejos y que lo mejor era dejar para otro día la continuación del etílico encuentro. En vista de que nadie quería dar su brazo a torcer y de que peligraba la velada de terminar en pugilato, el gerente mandó cancelar la bodega de los finos y apagó la luz dejando a dos velas la desconsolada clientela que se quedaba sin saber quien saldría vencedor de tan singular contienda. De repente alguien sugirió en plena oscuridad que el enfrentamiento podía seguir en “*El Costalero*” ubicado a pocas bocacalles de *La Carbonería*.

Dicho y hecho. Los contrincantes, seguidos de sus respectivos hinchas, salieron en tropel hacia el bar que según decían no cerraba en toda la noche. Demasiado borracho para ir por su pie, el Cholo fue llevado en vilo por sus amigos hasta la taverna en donde según le comentaron después dejó admirados por su capacidad de engullir finos no sólo a sus seguidores sino al dueño de *El Costalero* que años de presencia detrás del mugriento mostrador habían persuadido de la existencia de esponjas humanas pero ninguna con la capacidad de absorción del investigador peruano.

Convertido en figura legendaria de las barras sevillanas nuestro hombre desde aquella noche tuvo siempre mesa puesta en el establecimiento. A un tragaldabas de aquella envergadura, se dijo el mesonero para sus adentros, se le podía hacer crédito sin temor. Sería una excelente carnada para atraer a las docenas de extranjeros que estaban tomando de asalto el Archivo. De modo que, a partir de aquella memorable noche, el Cholo sentó posada y cátedra en *El Costalero* con tanta más convicción cuanto que el mesonero, un andaluz serrero, rechoncho y lleno de gracejo, oriundo de Cazalla de la Sierra, le prometió un almuerzo gratis por cada tres clientes nuevos que le trajera.

Fueron Hidalgo, Osorio y mosen Trota quienes sin saberlo proporcionaron al arruinado Zevallos su primer almuerzo de gorra. No se mostró avaro de argumentos para convencerlos de tomar pensión en *El Costalero* insistiendo sobre la variedad de la minuta, la gracia del dueño y ante todo sobre lo asequible de los precios.

—¿En dónde se podía tomar un plato de comida realmente casera por veinte duros? En pocos lugares de Sevilla ciertamente. Si añadían el

consabido vaso de gazpacho de entrada, la fruta del tiempo, el pan, la caña de cerveza y el café, que más era un caldurrio marrón que café, salían a lo sumo por doscientas pesetas.

Para las flacas bolsas de los investigadores del AGI aquello era una Jauja gastronómica a la que pronto se vinculó visceralmente Zevallos. Ciertamente es que el mesonero no tenía más que cruzar la avenida María Auxiliadora para suministrarse de los ingredientes de su despensa en el mercado de la Puerta del Pan.

Siempre iba poco antes del cierre. Así conseguía verduras, frutas y a veces pescado poco menos que regalados sobre todo si, como ocurría a menudo, la calidad dejaba algo que desear. El aliño y las especias suplían con creces las deficiencias del sabor de muchos de sus guisos. Lo mejor era evitar las albóndigas de aspecto llamativo pero de dudosa elaboración así como la carne mechada que ni la pimienta ni el sofrito lograban hacer apetecibles a la vista y al paladar.

Por el contrario, la sencillez de algunos platos eran la garantía, si no de su finura, al menos de su excelente calidad rústica. Descollaban entre los más apreciados el pescaito frito, el rabo de toro, los garbanzos con morro de cerdo y las sabrosas alubias con chorizo que nada tenían que envidiar, según declaración perentoria del cura vasco, a las famosísimas del Barco de Avila.

Según la época, y con el consiguiente suplemento, el menú se completaba en primavera con el inevitable revuelto de espárragos trigueros y en otoño con un conejo al ajillo que hacía chuparse los dedos de placer a los comensales más exigentes. En cuanto llegaban los calores estivales se podía cambiar la cerveza por el no menos refrescante tinto de verano, o vargas para los entendidos, elaborado con un áspero tintorro del Condado suavizado por la ineludible Casera nacional.

Cada comensal tenía sus preferencias o sus manías. A mosen Trota le encantaban las judías de excelente paladar que se deshacían en la boca. Hubiera vendido su alma al diablo, de no haberla tenido ya condenada, por un plato de aquellas succulentas alubias cuyo tufillo se expandía algunos días a toda la manzana. Nunca supieron a ciencia cierta la receta de aquel singular y rústico guiso en el que la morcilla de miel se mezclaba con la oreja de cerdo y la sabrosa longaniza de Espejo aliñados con orégano, laurel y una pizca de menta que le daba una incomparable originalidad al sofrito que previamente había cocido durante horas a fuego lento dándole al conjunto un inimitable toque andalusí. Al mosen Trota se le hacía la boca agua no bien cruzaba el umbral del sin par mesón.

A Hidalgo lo perdían las cabrillas que el cocinero del establecimiento preparaba según una receta de su creación cuyo secreto no hubiera comunicado a nadie ni sometido al más cruel de los tormentos. Había sabido resistir a todos los halagos y a todas las súplicas de parroquianos y amigos. Las cocinaba en pequeñas cazoletas de barro que daban al caldo en que bañaban aquellos diminutos caracolillos un extraordinario sabor que el amontillado vino blanco de procedencia desconocida pero de incomparable paladar elevaba a la categoría de delicia, de manjar regio como él solía decir, con pertinaz acento cordobés, entornando los ojos de placer y rebañando hasta el último átomo de salsa.

En sus mejores momentos, el conjunto de platos que ofrecía la carta de *El Costalero* llegó a ser lo que en sus arranques de lirismo andalucista Hidalgo calificaba de maravillosa partitura de una sinfonía culinaria andalusí.

*

Todavía recordaba Zevallos la emoción que le embargó cuando, recién llegado a Sevilla subió por primera vez la monumental escalera del AGI. Estaba penetrando en el templo del americanismo y el corazón le latía a rebato como una campanilla alocada. De no ser por el fajo de credenciales que se preparaba a exhibir a los burócratas del archivo hubiera tenido la sensación de cometer un sacrilegio. Pero aquellos papeles extendidos por el decano de la facultad de historia de Andahuailas le acreditaban como un investigador andino de raigambre y el de mayor porvenir de su generación. Razón por la cual se imponía una prologada estancia en el AGI.

Enseguida le llamó la atención a Zevallos el abismo que mediaba entre la solemnidad que empapaba aquel venerable recinto y la insondable ignorancia de la mayoría de los funcionarios rasos de la rancia institución. Tras recorrer con detenida atención los papeles presentados por el recién llegado, antes de autorizarle a pasar al despacho de la secretaria, Topete se adornó el rostro con su habitual ceño inquisidor para preguntarle si estaba muy lejos de Méjico capital aquel pueblo. Él le contestó con poco disimulado enojo que no era mexicano sino peruano, de los Andes, y para más señas de cerca de Jauja, lo cual tuvo la virtud de desencadenar en el exguardia civil una risita de subnormal al mismo tiempo que le espetaba:

—¿ Y para que coño se viene a España teniendo a Jauja tan cerca?

Fue la primera vez que Zevallos tuvo la oportunidad de comprobar el abismo que mediaba entre el peninsular y tosco humor civilero y la sutileza del ingenio andino. En muchas más ocasiones tendría oportunidad el recién llegado de convencerse de que los españoles eran unos cazurros.

—¿Y qué otra cosa podía ser un pueblo que había inventado la zeta? Letra cuya pronunciación a la española le parecía el colmo de la ridiculez.

Pero no quiso comprometer su ingreso en el archivo e hizo como quien no entendía la gracia del bedel. Estaba impaciente de entrar y ponerse a trabajar.

Hacía días que Zevallos no iba al archivo con la ilusión de aquella mañana. Pensaba que por lo menos pasaría un momento divertido siguiéndole la pista al asunto de las rameras. Tenía curiosidad por saber si efectivamente el caso había sido archivado o si se había llevado a ejecución como lo deseaba el alcalde de Sevilla.

Zevallos llegó entre los primeros investigadores y se aposentó en el rincón más tranquilo de la sala de lectura de espaldas al retrato que tanto le impresionaba. Quería saber si el pleno del Consejo se había pronunciado sobre el tema y si se había elevado una consulta a su Majestad como era habitual en semejantes ocasiones. Zevallos leyó aún varias cartas tan acaloradas como divertidas que abogaban unas a favor pero las más en contra que a todas luces mostraban que nadie era indiferente al traslado de las busconas.

Sin embargo su curiosidad quedó frustrada ya que una nota al final del expediente daba por concluidas las diligencias y ordenaba que el negociado pasase a la vía reservada. Nada permitía colegir si en efecto se había llevado adelante el proyecto. En semejantes casos Zevallos sabía no obstante que los asuntos se despachaban con el más absoluto sigilo y sin dejar testimonio alguno de lo decidido. Se dijo para sus adentros que para desentrañar el asunto tendría que consultar el fondo *Contratación* y las listas de pasajeros embarcados a Indias en los dos o tres años posteriores al documento.

También pensó que con toda probabilidad el caso habría dejado huellas en las actas del cabildo hispalense así como en el archivo del arzobispado y en el del convento de Dominicos. Por lo tanto, sin abandonar definitivamente las pesquisas anotó en una cartulina la signatura del legajo y su contenido antes de devolverlo a Polvillo para que lo depositase en su estante.

Zevallos se había enamorado de Sevilla. Se pasaba las horas mortales recorriendo sus angostas calles en busca de los patios más engalanados y de los bares más acogedores. Le encantaba sobre todo Triana por donde no pasaban todavía cámara en ristre las catervas de japoneses que invadían Santa Cruz en cuyo corazón se había instalado. Su aposento era un cuartucho rehabilitado situado en el ático del vistoso pero incómodo hostel

Monreal en donde no podía conciliar el sueño debido al calor acumulado durante el día.

Solía salir con frecuencia a pasear por las orillas del Guadalquivir. Uno de sus recorridos más apreciados consistía en cruzar el río por el puente de San Telmo para llegar a la plaza de Cuba desde donde dejando a la izquierda el moderno barrio de las Remedios, anónimo y sin alma, giraba a la derecha por Pagés del Corro para adentrarse en Triana recorriendo la orilla del río o pasando por la calle Pureza y empalmando con la de Castilla, donde vivía Wilma, hasta llegar al puente de Triana para regresar de nuevo a su hostel por el paseo que bordea el Guadalquivir.

Pasaba largos ratos deleitando la vista con el sin par espectáculo de la puesta del sol sobre el río. Cuando los últimos rayos del astro, arrebolaban el cielo del Aljarafe y todavía alcanzaban a alumbrar por unos instantes el reflejo difuminado de la Torre del Oro sobre las turbias aguas de la dársena. De pie en medio del puente, contemplaba embelesado, sumidas en la deliciosa atmósfera nocturna, las terrazas del Río Grande y los otros restaurantes que se adentraban en el río buscando el más mínimo hálito de frescura.

El derroche luminoso de los carteles publicitarios y los rótulos coloridos de los diversos establecimientos nocturnos trianeros daban al espectáculo un aspecto irreal y onírico que deleitaban al noctámbulo peruano. Más de una vez se sorprendió pellizcándose para cerciorarse de que no estaba soñando. Si el cielo existía aquello debía de ser su antesala pues no podía ser que tal armonía de luces, colores, olores y ruidos fuera de esencia terrestre.

Estaba acostumbrado a los portentosos paisajes de los Andes, bellos pero duros y agobiantes, ante los cuales el hombre se siente diminuto e impotente. Los paisajes andaluces revestían dimensiones humanas. Estaba convencido de que si el paraíso terrenal existía Dios se debió entrenar en Andalucía antes de crearlo. Y si Al Andalus no era su réplica exacta se le debía de parecer bastante.

*

Una mañana Dieter se presentó en el vestíbulo del AGI con una carta que había recibido de un colega suyo que trabajaba en una minúscula universidad de Nuevo Méjico en los States. Su amigo le explicaba que un candidato a senador de un estado con nombre de resonancia ibérica quería buscar el origen de su familia. Estaba empeñado en demostrar que su raigambre americana no tenía comparación con la del polaco rubio que pretendía arrebatarse el cargo pregonando su reciente americanidad abanderada en unos ojos azules y una tez sonrosada que contrastaban con el cutis moruno

del primero a quien sus enemigos políticos acusaban de ser un “espaldas mojadas” recién llegado y disfrazado de chicano.

En su carta, explicaba el universitario, su cliente, el político hispano, le daba información sobre sus antepasados transmitida oralmente de generación en generación. Se ufanaban de pertenecer a los primeros pobladores de aquella recóndita comarca que antaño dependiera del virreinato de Nueva España. Se había enterado de que en el AGI investigadores a sueldo recababan información sobre personajes y familias emigradas de España y que no era raro que se encontraran huellas de muchos de ellos merced a la eficacia de los burócratas de la *Casa de Contratación* que con celo y aplicación elaboraban la lista de los pasajeros antes de extenderles una licencia para hacer la Carrera de Indias.

Como el individuo informaba de los nombres y apellidos de sus antepasados hasta donde su genealogía lo permitía con fechas ciertas, Dieter dedujo que había bastante probabilidad de ubicar a los citados emigrantes y recabar información sobre su origen social y geográfico. El dinero que ofrecía el americano por las pruebas que pudieran aportar de su abolengo español y la antigüedad de su presencia en territorio yanqui puso verde de envidia a Zevallos que estaba sin blanca. No lo pudo resistir y propuso a su compañero de proezas éticas compartir aquella insperada beca si por ventura daba con alguna información sobre el tema.

- Pero si tú no trabajas el fondo *Contratación* - le dijo el holandés.

- Si pero tengo que hacer unas catas para otro tema y ya sabes que el azar hace bien las cosas a veces.

- Trato hecho - replicó Dieter para contentar al Cholo pero convencido de que la probabilidad era remotísima.

Sam GOTE MOZ
Novela por entregas
Capítulo 2°